



Autores y libros

Cuando Neruda no deja ver el bosque

NO hay una literatura sin nombres. Hasta lo anónimo cobra vigencia onomástica para el espíritu de la letra. Pero los nombres nos limitan y los espacios geográficos nos estrechan. ¿En qué medida la fama de Neruda, de la Mistral, de Huidobro, ha contribuido a cerrar universalmente el espacio de una pequeña literatura de "finis terrae"? La chilendidad de esta literatura es su distinción y es su pobreza. Es su inflexión y es su indigencia. Lo que digo: la literatura se resuelve en nombres y en sonderío de voces influyentes. La gran rama de Neruda no sólo caracteriza a un país; es lo telúrico americano. Es el hermetismo sublime y caótico del "tercer día de la Creación" de un hemisferio. Así, Neruda, nuestra razón de salud, comórtase nuestra causa de precariedad y aislamiento.

No basta, entre nosotros, escribir. Apremia, además, hacerlo contra las fórmulas acuñadas por el meradismo; llevar la destrucción más allá del caso; reinstituir el imperio de la literatura por sobre el desorden de los nombres y de las famas.

¿Y todo ello para regionalizarnos de nuevo? ¿Para mutillarnos de una América que intenta sincronizar la obra de sus trabajos culturales?

Non toca el dilema de Stiffo. Ser América es nuestro imperativo de progreso. Ser América es nuestro miedo de pérdida de identidad. Neruda es América. Pero su americanismo nos mata. Su intensa sombra deja yerto un bosque joven. Las buenas influencias son también las peores. Nos sumen en el conocimiento; también son el asombro y la esterilidad.

¿Cuántos sacrificios humanos de la poesía requiere el goce de una sola fama? En Neruda confluyen Romeo Murza, Alberto Rojas Gímenez y otros innumerables de la primera hora que ya nadie recuerda. Tributan su genio al genio. Es patético saber de estas invisibles y dolorosas enajenas. El mundo las ignora. El mundo piensa que Neruda es el árbol espléndido nacido del páramo. Injusto destino el de los olvidados constructores de las pirámides egipcias.

La literatura está llena de héroes desconocidos.

El haber labrado su gloria en Europa da a Huidobro patente de creador a la vista de la cultura. ¿Qué importa, a la

postre, que su nombre sea Huidobro o Reverdy? Su historia No es un misterio por descifrar. Es una transparente historia de ingenio inscrita en una página de Apollinaire, en una tela de Picasso.

No es el suyo, por cierto, el caso de Neruda. Parra, Temuco, Nueva Imperial, Loscoche son piedras ignotas, inatendibles, para el lejano hombre de la cultura. ¿Oyó alguna vez este hombre hablar de unos seres de carne y hueso que en la provincia remota nacieron al joven Neruda?

He aquí cómo nuestra literatura se ha convertido en un relato secreto entre cuatro paredes, en un soliloquio de escritores solos para escritores solos. Hemos conseguido, acaso sin buscarlo ni quererlo, el destino que escritores de su país tenían para Jorge Luis Borges. No nos comprenden, pero nos comprendemos. No nos leen, pero nos leemos.

La visión de las cumbres andinas ocultó al fin el dulce espectáculo del sol en los valles. Pedro Prado, Gonzáriz Voz, Mariano Latorre son errantes y delicadas sombras en este cuadro casi inexplicable. Sin embargo, sombras son y su errancia está condenada a la errancia.

Pero hay más, porque lo secreto no acaba en lo secreto.

Vagando sin sombra, entre sombras, aparecen de pronto otros escritores. Son los que nadie conoce, sino los escritores; son los que nadie ha leído, sino los demasiado lectores; son los que escriben jeroglíficos en el silencio, los que evocan a Melville o a Kafka en la desdicha de una búsqueda total y desconsoladora. No los abraza la conquista de la fama. Los abraza la idea de la fama solista y destructiva. Los asedia el temblor profundo de la palabra. Sus signos en el papel implican un interminable régimen de aseo; un decir que se desdice; un terror milenar ante los sacudimientos internos del hombre.

II

Está dicho: ni la literatura más secreta o privada carece de nombres. Desde este mirador imaginario veo la hechizante "Mano de Sebastián Galea" en Tomás Lago; veo el cuatracho en que mora el José Gálvez de la novela "De repente", de Diego Muñoz Espi-

acoz; veo los hipotéticos poemas europeos "Avant la lettre" de Eduardo Molina Ventura; veo a Eduardo Anguila orando ante una tumba del cementerio de El Totoral, oración que el tiempo convertirá en el prodigioso trípico "La vista"; veo en "Baila esa rumba, don Aspiari", de Alfonso Calderón, el diseño de una línea narrativa para nosotros impar; veo en "Tres novelas de la costa", de Salvador Reyes, el relámpago de un mundo absolutamente nuevo; veo en "Vagos relatos", de Luis Enrique Delano, la temprana consagración de una primavera; veo en "Cerro Caraco", de Benito Arenas, la fragmentación iluminadora de mi universo fragmentario; veo en el capítulo "Filoteo, que apartas los pecados del mundo", de la novela "Frecuencia modulada", de Enrique Lafontecade, la brillante y estremecedora mezcla del humor de Europa con la tragedia latinoamericana; veo en las bellas páginas de "Ni por mar ni por tierra", de Miguel Serrano, el reencuentro existencial del escritor con sus dogmas de adolescencia; veo en "Roble huacho", de Daniel Belmar, la burlesca imagen de la soledad de provincia; veo en "Los días ocultos", de Luis Oyarrán, la virtud del detalle huasteco transformado en arte; veo en "La historia de María Griselda", de María Luisa Bombal, el amor entrecruzado de raíces vegetales, húmedas y ardientes; veo en "El estanque", de María Fieva Yáñez, las almas de mi propia vida mirándose en un espejo de agua; veo en los "Monólogos de Fin y Pina", de Mimi Garfias, las instancias finales del amor y la destrucción en la Generación del 50.

Ve, en suma, a través de estos nombres, no los meditando ni las ausencias de mi tiempo. Veo tan sólo el tiempo de la literatura proyectado en capas geológicas.

El mundo nos ignora. Los límites geográficos nos reducen a vivir desde adentro para adentro. ¿En qué marco de la historia insertar este cuadro de proscripción forzosa? Somos el exilio consanguíneo; somos, sin darnos cuenta, el prototipo de los intelectuales modernos. Las cumbres y las fronteras geográficas nos ocultan y nos encierran. Nuestra misión era, al parecer, la universalidad, el paso fácil a otras tierras, el cosmopolitismo internacional de una



En sombra de Neruda impide a veces valorar otros nombres importantes. Por ejemplo, Mario Latorre, Vicente Huidobro y Alfonso Calderón, entre muchos héroes olvidados de la literatura chilena.

lengua. No. El exilio no viene de estar solos; de no saber si otros saben que sabemos. Otros se sienten exiliados del human natal. Nosotros somos los exiliados del universo.

Nuestro consuelo reside en la investigación y la búsqueda: en la gran arqueología del conocimiento poético.

Excavar. ¿Cuánto excavo todos los días entre mis legajos para hallar mi identidad universal perdida? Y la hallo, aunque a menudo se me pierde. Estoy solo; pero ahí están los otros. En cierta forma son todos siempre mi espejo. La literatura secreta me procura, en estas labores, una compensación amplia a tanto olvido, a tanta indiferencia del universo.

No me avergüenza la lectura íntima y asidua del "Recado", de Gabriela Mistral al pintor Juan Francisco González. Tampoco me avergüenza comprobar que el mundo permanezca ausente, en su olvido, de toda vergüenza. Soy, en verdad, un exiliado del mundo. Pero el mundo se privará también de mis hallazgos secretos por haber creído en institución su exilio de mi vida.

• Filebo

Cuando Neruda no deja ver el bosque [artículo] Filebo.

Libros y documentos

AUTORÍA

Filebo

FECHA DE PUBLICACIÓN

1992

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Cuando Neruda no deja ver el bosque [artículo] Filebo. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile